

jueves, enero 31, 2008

## **Las flores del mal, Charles Baudelaire**

Trad. Carmen Morales y Claude Dubois. Ilustraciones Louis Joos.  
Nórdica, Madrid, 2007. 175 pp. 29,50 €



José Manuel de la Huerga

Los lectores de poesía en español están de enhorabuena. Una pequeña editorial, de las que identificamos como independientes, se ha echado al hombro la responsabilidad de celebrar la edición de uno de los libros de poemas más importantes de la historia de la literatura contemporánea, *Las flores del mal* de **Charles Baudelaire**. Y lo ha hecho con el rigor y el gusto que merece obra tan fundamental. Rigor en la selección de textos (56 poemas) y en su traducción

—siempre tan complicada, siempre en el límite de la lengua, exigiendo al traductor tomar difíciles decisiones, y sacrificios—, y gusto en el proyecto de encomendarle a un artista contemporáneo, el belga **Louis Joos**, la lectura iconográfica del poemario.

Elogiemos cada parte como se merece, para luego fundir este elogio en el todo en que se termina convirtiendo esta joya de la edición. Los traductores de la obra han seleccionado los mejores poemas del jardín que plantó **Charles Baudelaire**. Flores desde luego raras y malas, perversas, en los márgenes de la moralidad de entonces y de ahora. Si no, díganme quién en su sano juicio de tipo bueno, comedido, biempensante, se atreve a terminar unos versos con la invocación: «¡Oh querido Belcebú, te adoro!». Los seleccionados son sobre todo poemas de mujeres exóticas, pelirrojas pobres de solemnidad que entre los agujeros de sus ropas de mendiga anuncian preciosos senos, blancuras inmaculadas, también negras zumbonas como serpientes, tipas que saldrían de los cuadros de otro amante de la carne lasciva como es **Gauguin** y sus nativas de los mares del Sur. Y cómo no, fantasías eróticas de primera intensidad, a fuego lento: si yo me volviera gato me encantaría acurrucarme a la sombra de los pechos estupendos de una mujer gigante... No me digan que no es provocador, divertido, y al mismo tiempo delicado, tierno y... acomplejado.

Porque ahí está el quid de la cuestión de la cabeza embotada del genio: en este mundo no se halla en el medio que le apetece. El poeta es como el albatros, ese rey de lo azul, que cuando cae en el barco de la cotidianidad se deja zaherir por los tipos más broncos de la especie, no es de este mundo, es de lo alto. Pero cuando vuela allá arriba, tampoco se encuentra rematadamente bien. Nunca lo que hay, siempre lo inexistente: es la cosa de los poetas del XX, de los hipersensibles de nuestra época, y es **Charles Baudelaire** quien abre esa trocha en la inextricable selva de la comprensión de nuestros sentimientos, especialmente aquellos malsonantes que habíamos exiliado por pecaminosos. A esos, especialmente, abracémoslos como lo más auténticamente nuestro, nos dirá el poeta **Baudelaire**, que se debate entre lo sublime y lo terrestre: «Soy el vampiro de mi corazón». Ah..., y los gatos, y los paisajes de un buen impresionista, y ese spleen del melancólico, que nos deja tirados, tumbados largas horas amasando nuestra abulia existencial, sabiendo que el mundo, a nuestro pesar, gira, sigue girando...

Excelente la traducción, certera, que permite intuir el ritmo del francés. Traducción sonora, fiel tanto al espíritu como al texto (compruébese, como hacen los exigentes, en la selección original en francés que aparece en las últimas páginas del volumen). Los traductores, con buen criterio, se han decantado por una traducción rítmica, a pesar de la rima. **Baudelaire** escribía con rima consonante seguía el precepto, pero rompía por donde menos...